



BOTTARI, Salvatore: *Nel Mediterraneo dal Mare del Nord. La presenza commerciale inglese nella Sicilia del Settecento*. Roma: Aracne editrice, 2012, 90 pág.

El verano de 2013 ha tenido como uno de sus protagonistas el conflicto entre Inglaterra y España por Gibraltar y las maniobras de la armada británica en el Mediterráneo. A través de este ensayo podremos profundizar en la presencia inglesa en este mar desde sus inicios y conocer los factores económicos que impulsaron su establecimiento en los puertos del litoral siciliano.

El libro está dividido en dos bloques, siguiendo un esquema cronológico. El primero ofrece una panorámica de las relaciones comerciales entre el Mediterráneo y la Europa atlántica desde la Plena Edad Media empleando una extensa bibliografía. La obra parte de los tímidos contactos comerciales iniciados por las grandes potencias navales italianas, en los que Inglaterra no suponía el final de sus lucrativas incursiones, sino uno de sus principales escenarios de intercambio comercial, sólo frenado por la presencia de los mercantes hanseáticos. Allí se insertaron en los círculos comerciales de importación y exportación de lana y pañería, aunque pronto genoveses, florentinos y venecianos comenzaron a interesarse por otro tipo de materias, destacando el plomo y el estaño, así como vino y manufacturas de lujo. Poco tiempo después se incorporaron a este comercio los navegantes catalanes, siendo ellos quienes introdujeron los tejidos ingleses en Sicilia. Estos comerciantes italianos ejercieron, además, como prestamistas de la Corona inglesa.

No será hasta finales del siglo XV cuando la presencia británica en el Mediterráneo se manifieste, aunque de manera tímida, en las fuentes documentales. En este momento, Fernando I trató de establecer unas líneas comerciales claras entre Nápoles e Inglaterra dando, además, toda una serie de privilegios a los comerciantes anglosajones, alemanes y franceses presentes en su reino. Se abrieron en Nápoles y Sicilia los primeros consulados comerciales por parte de los ingleses, iniciándose entonces la búsqueda de nuevos productos y mercancías para llevar hacia el norte del continente. En 1511 encontramos el primer mercante inglés que se adentra de manera seria en el Mediterráneo, iniciando una serie de prósperos viajes entre las Islas Británicas y el Levante, deudores, no obstante, de las rutas comerciales de italianos y catalanes. Dentro de Sicilia, será la ciudad de Mesina la que se convierta en el principal centro de compraventa con los ingleses,

llegando a formar parte de un triángulo de intercambio junto a Londres y Amberes, al igual que otros enclaves italianos como Lucca o Pisa.

Aún a mediados del XVI, una parte importante del comercio entre Sicilia y Londres lo lideran otros territorios italianos como Venecia o Génova, al tiempo que, entre 1550 y 1570, la presencia de comerciantes ingleses parece desvanecerse. Para unos autores es debido a la fuerte actividad pirática ejercida por el Turco, mientras que para otros, como Braudel, se debería a los problemas de la economía inglesa. Bottari no profundiza en este asunto aunque señala que las malas relaciones que en esos años existieron entre España e Inglaterra fueron otro factor a tener en cuenta.

En la década de 1570 la presencia comercial inglesa experimentó un nuevo resurgir teniendo en cuenta, además, que la situación política del Imperio Otomano acrecentó el interés de sus mercaderes. Ya en ese momento, la presencia inglesa en el Mediterráneo no se limitaba sólo a barcos comerciales, sino que existían factorías con agentes que residían de un modo permanente en varios puertos. Además, en 1581 se creó la Compañía de Levante que, con el conflicto hispano-británico perdió algunos de sus puertos fundamentales como Mesina. Felipe II intentó, además, bloquear el comercio inglés en el Mediterráneo apoyándose en sus aliados italianos. Con la paz de 1604, las rutas comerciales inglesas se restablecieron y Sicilia volvió a ser parte fundamental de las mismas.

Considerando el siglo XVII, la historiografía clásica puso de manifiesto que se produjo una *northern invasion* de las rutas marítimas comerciales del Mediterráneo. Sin embargo Bottari argumenta que, analizando casos particulares, ese paradigma tiene connotaciones diversas según el momento y el lugar que se estudie. A mediados de esta centuria las naves comerciales inglesas iban escoltadas por barcos militares para garantizar el comercio en las zonas más peligrosas. De esa interacción entre actividad económica y militar se estructuró un sistema de patrullas en las rutas comerciales y en los espacios de intercambio que consolidó la presencia inglesa en ellas. El sistema comercial inglés permaneció estable en Sicilia durante toda la centuria, aunque con el conflicto interno de la Revuelta de Mesina y la Guerra franco-holandesa en la que la Monarquía hispana se vio involucrada, se eliminaron los principales competidores comerciales de la neutral Inglaterra, por lo que sus beneficios se vieron notablemente incrementados. Aprovechó, además, para aumentar su preponderancia comercial no ya sólo en Sicilia, sino también en otros importantes puertos mediterráneos. Sacó partido de la debilidad interna de la Monarquía para obtener importantes ventajas comerciales en el Mediterráneo gracias al Tratado de Madrid de 1667.

El siglo XVIII abre el segundo capítulo del ensayo. Al ser el momento histórico sobre el que se realiza el estudio, el autor emplea numerosas fuentes de archivo, sobre todo napolitanos y sicilianos, aunque también fuentes extranjeras procedentes del Archivo General de Simancas, archivos ingleses como la British Library y algunas referencias vienesas. Complementado con abundante bibliografía, Bottari reconstruye las redes comerciales inglesas, sus factorías, pero también los nombres de los cónsules, capitanes y mercantes que operaban en los diversos puertos así

como la cantidad de mercancías, el dinero obtenido por ellas y demás información básica para conocer más profundamente la presencia comercial inglesa en el periodo. Reconstruye con acierto la coyuntura internacional del momento para analizar detenidamente las repercusiones políticas, económicas y personales que ésta tuvo en las factorías inglesas establecidas en Sicilia, así como el trato que las autoridades dispensaron a la población inglesa.

Esta centuria comienza con las consecuencias de la Revuelta de Mesina y las de los terremotos que afectaron de manera notable el *mezzogiorno* italiano. Así, además, lo reflejan los comerciantes ingleses en el momento de desembarcar en la ciudad del estrecho. La entronización del primer monarca Borbón perjudicó seriamente los intereses comerciales y económicos ingleses en la zona pues Felipe V otorgó enormes privilegios a la Francia de Luis XIV. Por si la situación no fuera ya de por sí compleja, estalló la Guerra de Sucesión austriaca en la que Europa quedó polarizada.

Tras finalizar el dominio español de la isla, Sicilia pasa por diversas manos hasta su posesión definitiva por una rama de la Casa Borbón. A pesar de los diferentes gobiernos, los problemas a los que los ingleses tuvieron que hacer frente en la centuria pasada, tales como la multitud de jurisdicciones que intervenían en el reino, seguían obstaculizando el progreso comercial y hacían que los pagadores pudieran eludir sus deudas acogiéndose bien a jurisdicciones religiosas, bien señoriales.

En las primeras décadas del XVIII el cónsul británico fue adquiriendo importantes poderes entre los que destaca su capacidad jurídica no sólo entre ingleses establecidos en la zona, sino también entre éstos y los propios sicilianos. Así, a pesar de lo altibajos del comercio ingles debido principalmente a los conflictos bélicos -la Guerra de los Siete Años o la de Independencia Americana, por poner algunos ejemplos- la presencia británica no sólo continuó siendo notable, sino que experimentó tasas de crecimiento que nunca antes se habían dado.

Los productos empleados para el comercio continuaron siendo los tradicionales: vino, seda, cereales, aceite, manufacturas de lana y minerales como el plomo o el estaño. Además, comienza a verse un crecimiento muy importante del cultivo y comercio de cítricos. La mayor parte se exportaban bien a Rusia, donde se empleaban para el curtido de pieles, bien a Francia e Inglaterra donde se usaban para cosmética y tintes.

A modo de epílogo, el autor ofrece un panorama general del XIX para el cual apunta varios datos interesantes, como la polaridad de la isla entre la modernización industrial impulsada por la presencia inglesa y el mantenimiento del modelo productivo tradicional.

**-Javier Revilla Canora-
Universidad Autónoma de Madrid**